

un sustantivo difícil de comprender dado su carácter enredológico. En cuanto a la posible relación de interdependencia entre psicoanálisis y literatura es ya un tópico en los estudios humanísticos, es algo que se viene haciendo en Europa desde hace varias décadas, y apenas en el siglo XXI se destaca en Sudamérica como una solución para interpretar la polifacética literatura universal (¿occidental?). Empero, se hace necesario superar toda enredología posible para facilitar al lector la comprensión literaria a partir del método psicoanalítico, y poner en práctica éste para descubrir lo mucho que se emparenta con la literatura; es una suerte de círculo hermenéutico que nos mantendrá al vaivén entre lo uno y lo otro, un dinamismo dialéctico que nos podría hacer cada día más libres.

JHON ROZO MILA

Crónicas compiladas por el maestro

La pasión de contar.

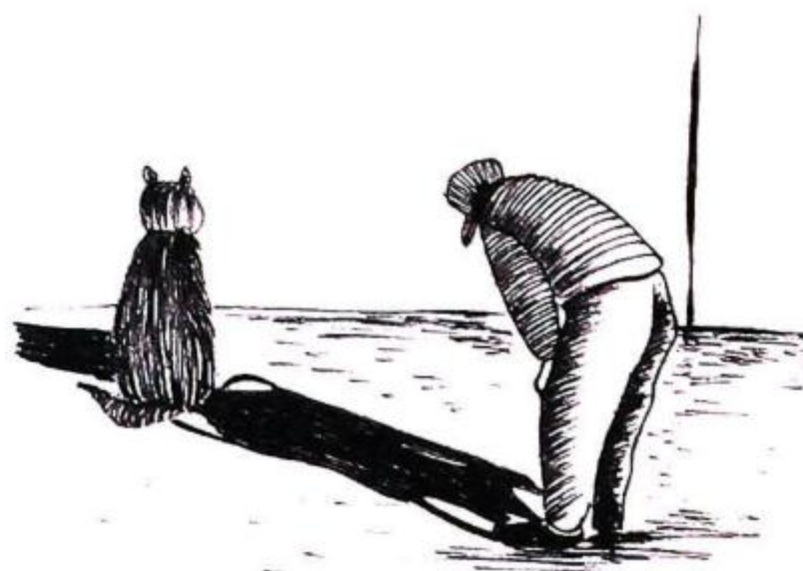
El periodismo narrativo en Colombia, 1638- 2000

Juan José Hoyos (estudio preliminar y selección)

Editorial Universidad de Antioquia, Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2009, 968 págs.

Dos nítidas partes componen este formidable libro. El estudio inicial de Juan José Hoyos (1953) que abarca hasta la página 150. A partir de allí, y hasta la página 962, la apasionante selección de lo que ha sido el periodismo narrativo en Colombia, el cual inicia con un fragmento de *El carnero*, de Juan Rodríguez Freyle. Desde el principio se advierte el doble carácter del autor. Un novelista que durante más de veinticinco años ha sido profesor de periodismo. Esto lo lleva a buscar el gozo con que atrapa la narración,

viva, fluida, intrigante y a la vez el estudio de las características y evolución del género, en tan dilatado periodo de tiempo.



Que comienza con la bella y rica Inés de Hinojosa, “criolla de Barquisimeto”, quien no contenta con asesinar a su marido, don Pedro de Ávila, por culpa de su ciega pasión por “un Jorge Voto, maestro de danza y música”, animará más tarde a don Pedro Bravo de Rivera a asesinar a su vez a Jorge Voto, viviendo ya todos en Tunja. El final es dramático: doña Inés y don Pedro Bravo ahorcados y el sacristán de la iglesia mayor, Pedro de Hungría, cómplice, convertido en fugitivo culpable. Una buena muestra de las virtudes de *El carnero*, al fusionar ya crónica histórica con menudencias y rasgos humanos, en personajes inconfundibles. Resulta curioso que este sacristán y, más tarde, al presbítero homicida Juan Sánchez de Vargas inauguren una línea de eclesiásticos criminales que tendrá su apoteosis en el canónigo Armenáriz que en una Santa Fe de finales del siglo XVIII es recreado por el cronista de lo criminal por excelencia, Felipe González Toledo (Bogotá, 1911), quien con “La primera muela bicúspide superior de la derecha del prebendado” y Rosa Tabares, una rolliza mulata que se ganaba la vida “en el arreglo de ropas de estudiantes. Pero ganaba más, según las malas lenguas, prescindiendo de las ropas” (pág. 749), arma una de las más divertidas intrigas, con un narrador-detective de por medio. Similar caso al del “crimen de Aguacatal” (1873) de Fran-

cisco de Paula Muñoz, quien terminó por redactar un libro pionero sobre aquella famosa matanza, en Medellín, en la que seis personas de una misma familia fueron asesinadas a hachazos, un loco incluido.

Ese periodismo narrativo tendrá así una larga secuencia de crímenes de toda índole, aparentemente resueltos o abandonados como enigmas irresolubles. Pero quizá la sobria crónica de Mario García Peña, en 1923, donde desde Sing Sing presencia como un ruso, Rabasovich, es electrocutado con dos descargas eléctricas por el robo de siete dólares a una señora y el asesinato de un policía, en duras épocas de crisis económica, constituye ya un eficaz alegato contra la pena de muerte, y logrado epílogo de esta secuencia de crímenes y justicia, que llega o no. Resarce o no. Queda pendiente o Dios cobra, por mano propia.



A los crímenes podemos añadir las semblanzas de figuras ilustres de la política, las letras, el teatro y los deportes, o aquellas crónicas concentradas en los desastres naturales. Las semblanzas trazan, en realidad, una historia de Colombia en sus grandes protagonistas (Rafael Núñez escribe sobre Tomás Cipriano de Mosquera y Alberto Lleras sobre Laureano Gómez, sin olvidar la separación de Panamá y la guerra con el Perú). Por ello, Núñez, al referirse a Mosquera,

en 1883, quizá también esté pensando en sí mismo: “federalismo y centralismo, libertad y despotismo, tolerancia e intransigencia”. “El hombre se agita y Dios lo conduce” diría Carlos V y esa agitación es la que estas crónicas rescatadas mejor preservan y adoctrinan, en verdad. Tal Alberto Lleras al mostrar como la “roca, batida por la inconstancia de los vientos y las aguas” (pág. 641) que aparentaba ser Laureano Gómez, había sido “un filonazista sincero” luego de haber escrito un panfleto contra Hitler, o sería sincero cuando elogiaba a Alfonso López y a Eduardo Santos o “cuando acusaba a López de haber asesinado a Mamatoco y a Santos de sentarse sobre un charco de sangre”. Laureano Gómez, en definitiva, no es más que “un político que dispara hacia su objetivo, ciegamente, aplastando al que se ponga por delante”. Un político apenas, en esta Colombia volátil e inconstante que hoy exalta y mañana asesina.

van a los pueblos con culebras a engañar a la gente”. En ambos casos, era el mismo Juan Roa Sierra, quien trabajaba en una vulcanizadora de llantas, que “amalayaba ser pobre, por carecer de recursos para defenderse”, “con esa cara de hijueputa que uno tiene”.



Aquí están, entonces, los viajes descubriendo Colombia y las infinitas revoluciones que la sacudieron, el coraje resistente de sus habitantes, como el admirable Horacio Ocón González, “de doce años y alumno de cuarto de primaria” (pág. 821) que sale a pescar con su padre, lo ve morir y preserva el cadáver de los ataques de los tiburones, para enterrarlo, por fin, en su pueblo para que tenga así “una muerte feliz”, en el ceñido y perfecto relato de Javier Darío Restrepo (1932).

Para quienes aman la literatura, aquí están de cuerpo entero, en crónicas exhaustivas o reportajes incisivos Julio Flórez y Vargas Vila, Fernando González y Antonio Gómez Restrepo, Tomás Carrasquilla y Ramón Vinyes (visto por Alfonso Fuenmayor), Porfirio Barba Jacob y Álvaro Cepeda Samudio o la madre de Gabriel García Márquez, orgullosa no del Premio Nobel a su hijo, sino de tener una hija monja. Joyas que harían esta reseña infinita, citándolas todas.

Recalquemos la claridad y erudición del prólogo, al analizar todas las épocas del periodismo y sus características y la utilidad como investigación histórica, llena de rasgos hu-

manos en personajes inconfundibles. También texto didáctico para quienes estudian periodismo y para los lectores, en general, exhaustivo rescate de la crónica, el reportaje, la entrevista y el perfil de varios de los mejores escritores del país, tan apasionante de leer como útil para entendernos mejor a nosotros mismos.

Periodismo, historia y creación fundidos en un solo volumen.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

Medicina amazónica: método e historia

Enfermedades, epidemias y medicamentos.

Fragmentos para una historia epidemiológica y sociocultural

Augusto Javier Gómez López

y Hugo Armando Sotomayor Tribín

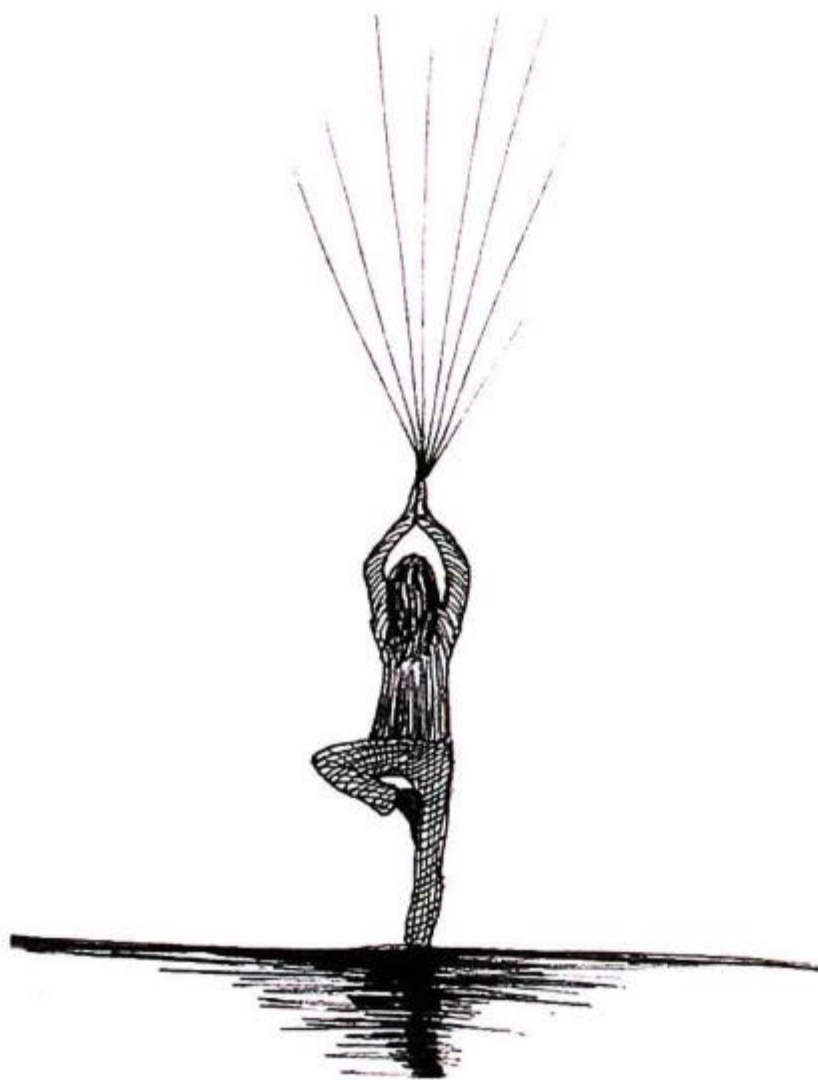
Universidad Nacional de Colombia,

Facultad de Ciencias Humanas, Centro

de Estudios Sociales/SaludCoop,

Bogotá, 2008, 360 págs., il.

Dividido en cuatro grandes acápites, este libro, lujosamente editado y en formato de 26 x 34 cm, presenta abundante información sobre las dolencias que, especialmente en el pasado, afectaron a varios grupos indígenas concentrados en la Amazonia colombiana, al tiempo que explica en que forma se trataba de curar dichas enfermedades. En el texto se hace un recorrido al pasado a través del cual el lector comprende la sabiduría y el grado de conocimiento que sobre las plantas y otros seres de la naturaleza hizo posible la existencia de estas culturas milenarias. El relato está enriquecido con numerosas notas, citas, cuadros e imágenes, muy bien seleccionadas, que lo complementan a la perfección y hacen de él una obra de consulta obligada para los interesados en el desarrollo de la medicina en nuestro medio, como para los interesados en la etnografía de la Amazonia.



Como el caso de la pormenorizada reconstrucción con que Arturo Alape (1938- 2006) siguió la historia del revólver “Smith & Wesson”, calibre treinta y dos corto niquelado con que el aparente gaitanista que manifestaba “Hay que hacer fuerza para que gane el doctor Gaitán” (pág. 826) lo asesinaría tiempo después, al ser Gaitán “uno de los propagandistas de drogas, que